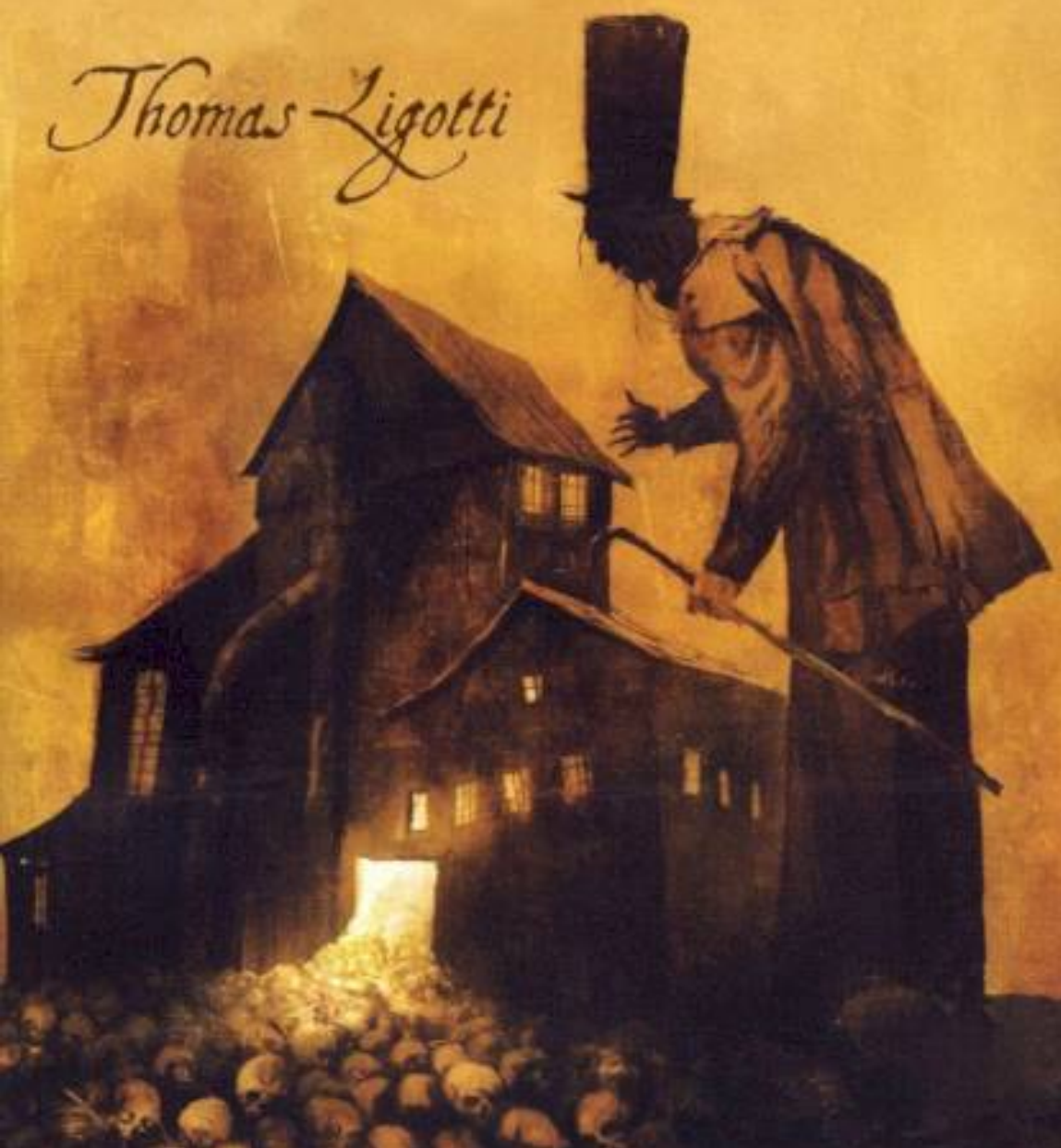


LA FÁBRICA DE PESADILLAS

Thomas Ligotti



Hay un mundo que sobrepasa y amenaza al nuestro; un universo en el que los sueños del ser humano se retuercen hasta formar pesadillas difícilmente olvidables. Los relatos que encontraremos en este libro nos transportarán a realidades en las que nada es lo que parece, donde cada paso puede ser mortal. En ellos descubriremos cómo las emociones se pueden corromper; las sensaciones, distorsionar; y lo que dábamos por seguro, derrumbarse en pedazos. Podremos clavar la mirada durante un tiempo en las raíces más oscuras de la corrupción misma.

En el reino de lo sobrenatural Thomas Ligotti es el maestro de los relatos, y uno de los máximos exponentes del terror clásico, a quien la crítica compara con H.P. Lovecraft o Clive Barker.

A la memoria de mi tía y abuela, Virginia Cianciolo

Prólogo de Poppy Z. Brite

¿Estás ahí, Thomas Ligotti?

Tienes mucho por lo que rendir cuentas, aunque nunca he sido capaz de descubrir nada sustancial sobre ti. Parece que quieres que sea así. Incluso en la única entrevista que he conseguido encontrar en el yermo editorial, hablabas únicamente del arte de la escritura. No me malinterpretes: solo de ti me interesaría leer algo acerca de este oficio. Pero es que de aquellas líneas no se desprendía la menor información personal. A mí, como alguien que concede entrevistas tan numerosas como confusas y personales, que sospecho que algún día lamentaré, me intriga saber cómo lo has conseguido.

Contaba veinte años cuando, en mi primer viaje a San Francisco, un amigo me dejó por primera vez tu libro *Songs of a Dead Dreamer*, la edición limitada de Silver Scarab con aquellas ilustraciones de Harry O. Morris, que se acercaban a la calidad de los relatos. En parte, despertó mi interés por el hecho de que Ramsey Campbell, que era y sigue siendo uno de mis escritores favoritos, había tenido a bien escribir la introducción; por tanto, el que me hayan pedido que escriba esta introducción resulta sorprendente.

Sentada en el asiento trasero de un coche que corría por Bay Ridge, abrí el libro por una página al azar y leí una frase que me acompañará hasta el día de mi muerte, una frase que hubiera dado un pulgar por poder escribir:

«Dejamos esto atrás, en sus capaces manos, pues a las cunetas y callejones de negra espuma del paraíso, a la húmeda penumbra sin ventanas de algún sótano galáctico, a los huecos remolinos perlados de mares como cloacas, a las ciudades sin estrellas de la locura y a sus suburbios... mi cervatillo fascinado y yo hemos ido a retozar».

El retozo

El resplandeciente paisaje de San Francisco, una ciudad de la que ya había sospechado que albergaba profundos misterios gracias a *Our Lady of Darkness* de Fritz Lieber, quedó en mi mente unido de forma inextricable a esta joya. Para mí, aquellas cunetas y callejones de negra espuma (por no mencionar la calle de Wavering Peaks) siempre estarán al otro lado de la Bahía, vista desde Berkeley.

¿Me odiarás si confieso que fotocopí el libro entero? Le había prometido a mi amigo que se lo devolvería, y no me gusta robar libros. Pero no podía soportar el separarme de tus palabras, y no pude encontrar un ejemplar por ningún sitio; aquellos libros, tan preciosos como escasos, habían desaparecido para ser atesorados.

Desde entonces, *Songs of a Dead Dreamer* ha sido publicado por grandes editoriales en al menos dos continentes. Yo tengo tres ediciones distintas, pero hasta que fue destruida el año pasado durante una inundación siempre conservé aquella carpeta con las patéticas fotocopias.

No he dejado de seguir tu carrera (ya va casi para diez años), y aún no sé de ti más que lo que revelan tus historias. Aunque sé que lo que se deja traslucir en lo que uno escribe es considerable, también sé que con frecuencia los lectores lo malinterpretan. Si tuvieras la amabilidad de llamarme e invitarme a tomar un café, esperaría encontrarme con un esteta disipado, sarcástico, decadente y abyecto, dado a las extrañas asociaciones de palabras, con un gusto

no solo para lo macabro sino para lo verdaderamente repugnante (que los críticos hablen de horrores apenas sugeridos; tú consigues que lo vea todo de forma cristalina). Pero quizá me encontrase con alguien totalmente distinto. Sospecho que nunca lo sabré.

Tienes mucho por lo que rendir cuentas, Thomas Ligotti. Por cada rebaño de aficionados al terror a los que no «enganchas» siempre habrá alguien profundamente impresionado y conmovido por tu obra, alguien a quien le parecerá que te has introducido en la parte de su cerebro encargada de los sueños, para extraer de allí pesadillas intensamente privadas. Yo soy una de esas personas. Después de leer tus relatos suelo experimentar dos sensaciones diferentes: un leve *déjà vu* (no como si ya hubiera leído las mismas palabras, sino como si las imágenes ya hubieran aparecido en alguna parte del cenagal de mi subconsciente) y una especie de fascinación lovecraftiana que llega a confundirse con la náusea existencial. Más que cualquier otro escritor en el que pueda pensar, tú creas una ficción decididamente extraña. Y no puedo sino maravillarme. ¿Estás por ahí fuera, Thomas Ligotti?

Creo que acabo de responder mis propias preguntas.

Introducción: Los consuelos del terror

Tinieblas, os saludamos y abrazamos

El horror, al menos en sus presentaciones artísticas, puede ser un alivio. Y, como cualquier agente de la iluminación, puede incluso conferir (aunque sea brevemente) una sensación de poder, sabiduría y trascendencia, especialmente si el agraciado lo es de buen grado y tiene auténtico gusto por los antiguos misterios y un miedo genuino por las trampas y embustes que un corazón voluntarioso suele percibir en lo desconocido.

Nosotros (los favorecidos de buen grado, recordad) queremos sin duda saber lo peor, tanto sobre nosotros mismos como sobre el mundo. El tema más viejo, quizá el único, es el del saber prohibido. Y ningún saber prohibido consoló nunca a su dueño (motivo probable por el que se prohíbe). Como mucho, será uno de los más irónicos dones concedidos al poseedor (pues el conocimiento de lo vedado es, primero y por encima de todo, una ordalía individual). Está especialmente prohibido porque la mera posibilidad de tal conocimiento introduce una monstruosa y perversa tentación que troca los tranquilos placeres de la existencia mundana por las luces brillantes de la alienación, la perdición y, en algunos casos extraños, la condenación eterna.

Así que no solo deseamos conocer lo peor, sino también experimentarlo.

De aquí esta palestra de experiencia artificial, supuestamente de la peor especie (el relato de terror), donde pueden inventarse grotescas conspiraciones a satisfacción de nuestra alma, donde todos los jugadores cortan la baraja con escalofríos, temblores y manos amputadas; y, lo que es más importante, donde uno, desde una segura distancia, puede, en cierto modo, enfrentarse a la muerte, al dolor y a la pérdida del mundo (abrimos comillas) real (cerramos comillas).

¿Pero funciona siempre como queríamos?

A modo de ejemplo

Estoy viendo *La noche de los muertos vivientes*. Tengo delante las filas de los muertos, reanimados por una de las maravillas de doble filo de la edad moderna (la radiación atómica, creo. ¿O era un increíble producto químico que llegaba hasta los depósitos de agua? ¿Acaso importa?). Veo un grupo de tipos normales, casi de documental, encerrados en una casa, enfrentándose a una oleada tras otra de necrófagos hambrientos. Veo cómo el grupo pierde terreno desesperadamente y sucumben uno detrás de otro a la misma enfermedad de sus sonámbulos asesinos: un marido trata de devorar a su mujer (¿o era una madre que intentaba comerse a su hijo?), una hija apuñala a su padre con un palustre de jardinero (¿o era un hermano el que apuñalaba a su hermana con una paleta de albañil?). En cualquier caso, todos mueren de forma horrible. Esto es lo importante.

Cuando la película termina, me siento fortalecido por la sensación de haber soportado este tormento terrorífico; ya tengo más pesadillas que me sirvan para acerar mis nervios ante los horrendos días y noches que puedan venir. En resumen, he expandido mi capacidad para el miedo. ¡Puedo soportar lo que sea!

En las películas, claro está.

La inquietante verdad es que las brutalidades anteriores se «digieren» con suma facilidad. Y entonces, en algún momento, uno comienza a adoptar estrategias poco naturales para protegerse no del hombre del saco, sino del de los sueños. Hablamos, por ejemplo, a los personajes de una película de terror: «Hola, señor Cadáver Putrefacto que lame un montón de entrañas pegajosas, ¡qué hay!». Pero incluso esta táctica pierde su encanto después de un tiempo, especialmente si estás viendo una de estas películas solo y careces de un cómplice con el que compartir tu más reciente fase de hastío e inmunidad al terror primitivo. (Hablamos de las películas. De otro modo sigues siendo la misma persona vulnerable de siempre).

Así que cuando un devoto aficionado (aquí predominan tradicionalmente los hombres sobre las mujeres) al terror está hasta arriba, saturado y consecuentemente aburrido, ¿qué hace a continuación? ¿Darse una vuelta por las salas de urgencias de los hospitales o los depósitos de cadáveres de la zona? ¿Estar atento por si ve algún accidente sangriento en la carretera? ¿Hacerse corresponsal de guerra? De cualquier manera, el caso se ha desplazado claramente a un plano por completo distinto, de las películas a la vida real, y es evidente que algo anda mal aquí.

El único remedio para el adicto al terror parece ser este: si la vieja dosis de medicina no es lo bastante potente, ¡jau-méntala! (este paralelismo farmacéutico es manido, pero adecuado). Y así llegamos al bien conocido y tosco fundamento de la «escalada visceral» en las películas de terror. ¿Ya has visto demasiadas veces viejos clásicos como *Un hombre lobo americano en Londres*? Pues prueba una de sus versiones de primeros de los ochenta, mucho más sangrientas pero infinitamente inferiores. Por supuesto, este alivio solo es temporal; la tolerancia a las drogas suele aumentar con el uso, y en el horizonte no parece haber una solución definitiva, una farmacia genial en la que pueda comprarse una dosis lo bastante grande como para saciar

el ansia de horror, donde el adicto inquieto pueda por fin cargarse de droga demoníaca, satisfacer su gula impía con sombras y susurrar: «ya basta».

El pozo vacío del aburrimiento se renueva constantemente, mientras que las películas de terror se tornan cada vez menos inquietantes para el espectador marginalmente sádico.

¿Y cuál es el razonamiento común para justificar lo que de otro modo se consideraría un caso apenas frustrado de sadomasoquismo? Ahora recordamos: presentarnos horrores dentro del cine (o dentro de un libro, no los olvidemos) y así ayudarnos a asimilar los horrores de fuera, y también prepararnos para el gran horror. Suena razonable, suena correcto y racional. Pero no tiene nada de real. Estamos en el gran bosque del miedo, donde no puedes combatir las peores experiencias reales con otras falsas, por bien sincronizadas que estén sus correspondencias simbólicas. ¿Cuándo fue la última vez que, al oír que alguien despertaba gritando de una pesadilla, lo apartaste a un lado con un «sí, pero he visto cosas peores en las películas» (o he leído cosas peores en los libros; ya llegaremos a ellos)? Nada es peor que aquello que le sucede a uno en persona. Y aunque un mal sueño puede llegar muy alto temporalmente en el *asustómetro*, siendo realistas es uno de los más pequeños y efímeros terrores a los que una persona tiene que enfrentarse. Prueba a encontrar solaz en las cinco veces que has visto *La matanza de Texas* cuando te están preparando para una operación de cirugía cerebral.

En honor a la verdad, los aficionados a las películas de terror son personas más nerviosas e histéricas que la mayoría. Necesitamos toda la confianza que podamos obtener, como todo el mundo, y solemos complacernos al pensar que pasar diecisiete noches seguidas viendo películas de psicópatas sobrenaturales es bueno para los nervios, y que nos darán un poder especial del que carecen aquellos a los que no les gustan. Después de todo, este es uno de los

métodos psicológicos con los que nos «venden» el mercado del terror, el más importante de sus consuelos.

Sin duda es el principal consuelo, pero también es falso.

Interludio: hasta aquí, consuelos de la violencia

Quizá haya sido un error elegir *La noche de los muertos vivientes* para ilustrar los consuelos del terror. Como delegada de Terrorlandia, esta película es admirablemente incorruptible y rezuma integridad. No se ha vendido a los códigos morales de guardería de casi todo el «terror moderno», y no lanza ningún mensaje concreto. Su único propósito es la pesadilla. Desde el punto de vista de la simple demencia alienante, inquietante y vomitiva, es una obra bastante eficaz, al menos las dos primeras veces que la ves. Ni intenta ni pretende ser nada más. (Y, como hemos descubierto, es que no hay nada más esperándonos, salvo más de lo mismo). Pero el gran problema es que a veces olvidamos lo mucho que podemos hacer en las películas de terror (¡y en los libros!) aparte de lo visto. A veces olvidamos que las historias sobrenaturales (y este es un muy buen momento para echar a patadas a las no sobrenaturales: las de psicópatas, las de suspense, etc.) pueden tener todas las funciones que las reales, y transmitir las mismas sensaciones, pues lo sobrenatural puede servir como eficaz vehículo con el que adentrarse en reinos en los que lo extraño y lo familiar se cargan mutuamente con los polos opuestos de su pasión.

La mansión encantada, por ejemplo. Aparte de ser la mayor película de casas encantadas jamás filmada, también nos habla de humanos poseídos. En ella, el viejo espíritu de la tragedia moral atraviesa fácilmente las paredes, dividiendo los misterios del universo mundano de aquellos de lo extramundano. Y ese espectro súper trágico no llega a descansar en ninguno de los dos, nunca se queda lo suficiente para darnos el conocimiento prohibido ni de las estrellas ni

de nosotros mismos, ni de absolutamente nada, ya puestos. ¿Hasta qué punto puede culparse al «trastorno de la casa de la colina» (según el diagnóstico del doctor Markway) de la locura de la gente que estuvo, está y probablemente estará en ella? Y viceversa, por supuesto. ¿Qué es lo que sucede con esa escalera de caracol de la biblioteca, o por lo menos con las personas que intentan subir por ella? Lo único que está claro es que algo sucede, sea lo que sea... y sea quien sea el responsable. Nuestro pobre cuarteto de cazafantasmas (el doctor Markway, Theo, Luke y Eleanor) no solo son incapaces de desatarse los hilos con los que son movidos como títeres. ¡Es que ni siquiera pueden dar con los nudos!

Los fantasmas de la casa de la colina permanecen siempre invisibles, salvo por sus efectos: enormes puertas de roble que se cierran con fuerza salvaje, doblándolas como si fueran de cartón; mensajes asonantes escritos en las paredes («Ayudad a Eleanor a volver a casa») con una sustancia indeterminada («Tiza», dice Luke. «O algo que se le parece», corrige Markway); y, en general, dando al lugar unas pésimas vibraciones. Ni siquiera estamos seguros de quiénes son (o fueron) los fantasmas. ¿El devoto y dementado Hugh Crane, que construyó la casa de la colina? ¿Su siniestra hija Abigail, que se consumió allí? ¿Su negligente compañera, que se ahorcó en la casa? Ninguno de ellos emerge como el claro y definitivo responsable de una presencia que parece una especie de crisol de fuerzas enloquecidas del pasado, de una «anti-América» donde los de más bajo espíritu convergen, se estancan y se pierden en un inmenso y arrebatado cuerpo espectral.

Más fáciles de identificar son los espectros personales de los vivos, al menos para el espectador. Pero los personajes de la película están demasiado ocupados con sus asuntos exteriores como para mirar dentro de las casas de los demás, o incluso de las suyas. El doctor Markway no reconoce los fantasmas de Eleanor (que lo ama sin esperanza).

Eleanor no alcanza a percibir los de Theo (es lesbiana), que por su parte evita reflexionar sobre ello. («¿Y de qué tienes miedo, Theo?», pregunta Eleanor. «De saber lo que quiero en realidad», responde ella, con una cierta falta de candor). Pero el mejor de todos es Luke, que ni siquiera cree que haya fantasma alguno hasta cerca del final de la película, cuando este afable amante de la diversión presiente una terrorífica sensación de alienación, perversidad y extrañeza en el mundo que lo rodea. «Deberían quemarla hasta los cimientos», dice acerca de la lujosa casa que va a heredar, «y echar sal en la tierra». Esta cita cuasi bíblica indica que en los pasadizos privados de Luke se han abierto unas cuantas puertas. ¡Por fin sabe! La pobre Eleanor, por supuesto, ha sido reclamada por la casa como una de sus solitarias y eternas moradoras sin rostro. Será su voz la que pronunciará las últimas y reverberantes frases de la película: «La casa de la colina lleva ochenta años en pie, y probablemente resistirá ochenta más... Y los que en ella vivimos, lo hacemos en soledad». Con estas palabras, el espectador vislumbra un mundo de dolor y horror inimaginables, una región insondable de tumulto gótico, un inquietante Nuncaburgo.

La experiencia es extremadamente desconsoladora, pero en cualquier caso emocionante.

Pero el que una película transmita una sensación tan fuerte de lo sobrenatural es raro (esta, por supuesto, es una adaptación escrupulosamente fiel de la novela de Shirley Jackson, indiscutiblemente excelente). Lo que sí es frecuente, especialmente con la ficción, es el fenómeno que provocó la frase del párrafo anterior; en otras palabras, la paradoja de la diversión en las historias de terror. El palpitante corazón de la cuestión, sin embargo, es: ¿qué nos entretiene de verdad? El entretenimiento, imaginemos como imaginemos su fuente, es justamente considerado como una justificación en sí mismo, y parece ser uno de los infatigables consuelos del terror.

¿Pero seguro que es así? (Esto no llevará mucho).

Otro ejemplo

Estamos leyendo (no hace falta decir que en una sala silenciosa y acogedora) una de las estupendas historias de fantasmas de M. R. James. Es *Count Magnus*, en la que un curioso erudito obtiene un conocimiento que ni siquiera sabía prohibido, y sufre las terribles consecuencias a manos del conde y su camarada tentaculado. En realidad la historia termina antes de tener la oportunidad de ser testigos de este fabuloso golpe de gracia, pero sabemos que lo que le espera a nuestro estudioso es la succión de la cabeza. Y mientras el sabio condenado se enfrenta a un destino peor que el que cualquiera de nosotros conoceremos nunca, nosotros estamos sentados tranquilamente en una esquina, probablemente bebiendo un té calentito. Al menos creemos que su muerte será peor. Lo esperamos. En los subsótanos más profundos de nuestra mente, suplicamos: «¡por favor, que a mí no me pase nada siquiera parecido! A mí no. Si le sucede al otro yo me lo leo, e incluso temblaré un poco. Me estoy divirtiendo tanto que no puede ser tan terrible. Para él, claro está. Para él la desgracia insoportable. Fíjate lo nervioso que me pongo simplemente leyéndolo. Así que, por favor, que le pase siempre al otro».

Pero no siempre le tocará al otro, porque a la larga a todos nos llega el turno.

Por supuesto, en el corto plazo, leer acerca de un mundo en el que suceden cosas espantosas, en un área restringida a la que nunca osaríamos acercarnos siquiera, se convierte en uno de los pequeños éxtasis de la vida, en una indudable fuente de diversión. Y es en este corto plazo en el que se leen (y escriben) todas las historias. (Si algo con ojos como huevos aguados quisiera arrancarte la cabeza, ¿te pararías a escribir un relato al respecto?). Es otro mundo, el corto plazo; es un mundo en el que el terror es un verdadero consuelo. Pero el que pongamos demasiada fe en las historias de fantasmas como consuelo para nuestra mortali-

dad, nuestra vulnerabilidad para los terrores de la vida real, no es un cumplido para el doctor James, ni para nosotros como lectores. En lo tocante a consuelos, este resulta ser uno de grado bajo, una complacencia demente disfrazada de beatitud.

Así que nuestro segundo consuelo está en el tiempo, como mucho, prestado. Y en el largo plazo, donde ningún sencillo relato puede servirte de mucho, el consuelo es ilusorio.

(Quizá las historias de H. P. Lovecraft nos ofrezcan un papel más amenazador y admirable a los devotos de la condenación. En la obra de Lovecraft el destino no queda restringido a personajes excéntricos en situaciones excéntricas. Comienza así, pero al final se expande para violar la zona de seguridad del lector —y del no lector, ya puestos, aunque este permanece ajeno al saber prohibido de Lovecraft—. Los de M. R. James son relatos admonitorios, lecciones de cómo permanecer libre de problemas espectrales, y de lo agradable y seguro que es esto. Pero dentro de las fronteras cósmicas del universo de Lovecraft, al que muchos llamarían el universo en sí mismo, ya estamos metidos en un buen lío, y lo de sentirse a salvo es algo complicado para cualquiera con un poco de seso y acceso a los manuscritos de Albert Wilmarth, Nathaniel Wingate Paeslee o el sobrino del profesor Angell. Estos narradores aislados nos llevan con ellos a su perdición, que es la del mundo —en los relatos de Lovecraft, a nadie le importa un pimiento lo que les suceda a los personajes en cuanto personas individuales—. Si nosotros supiéramos lo que saben ellos acerca del mundo y de nuestra terrible y precaria posición en él, sin duda nuestros cerebros temblarían ante la revelación. Y si descubriéramos lo mismo que Arthur Jermyn descubrió acerca de nosotros mismos y nuestros humildes orígenes es una mera locura de la biología, haríamos lo que él hizo con unos cuantos litros de gasolina y una misericordiosa cerilla. Por supuesto, Lovecraft insiste en contarnos cosas cuyo co-